

# EL MUNDO

Jueves, 19 de agosto de 2004. Año XV. Número: 5.367.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## Los animales españoles

JUAN ANTONIO HERRERO BRASAS

El trato que da una determinada sociedad a aquellos animales a los que, por fortuna o infortunio, les ha tocado vivir entre ese grupo de humanos, dice mucho del grado de civilización de estos últimos. El que se daba a los animales en Europa hace siglos no es el mismo que se les da hoy, y ello acertadamente lo atribuimos a que hoy los europeos son más civilizados. Pero no hace falta remontarse a épocas oscuras del pasado. Basta con mirar 50 ó 60 años atrás para ver que nuestra sensibilidad hacia la crueldad con los seres vivos, humanos o no, ha evolucionado notablemente. Hay cosas que hace décadas eran frecuentes en el mundo occidental y que hoy generalmente se rechazan: desde las formas y frecuencia de la pena de muerte a humanos hasta la frecuencia y formas de tortura pública de animales. Hoy somos más civilizados.

La comparación, sin embargo, no tiene por qué ser cronológica. Se puede hacer también de un modo sincrónico y sociocultural, es decir, comparando aquí y ahora el grado de civilización de unas y otras sociedades, tomando como índice la sensibilidad que demuestran al sufrimiento animal. Si llevamos a cabo este tipo de comparación, los españoles salimos bastante mal parados. Quien necesite ilustrarse sobre el asunto puede echar un vistazo al reciente libro de Alfonso Lafora El trato a los animales en España.

Para empezar, en nuestro país subsiste la barbarie pública de las corridas de toros, un espectáculo sangriento en el que, en medio de aplausos y coreografías, se tortura y da muerte a un inocente animal. La caza del zorro, una más aristocrática y minoritaria diversión practicada en Inglaterra, se enfrenta en ese país a fuertes restricciones legales. No así las corridas de toros. Más aún, para cultivar nuestra sensibilidad la televisión introduce en nuestros hogares, a modo de entretenimiento, un espectáculo que debería estar penado con la cárcel. La consecuencia es, claro está, una insensibilización generalizada a la brutalidad de la tauromaquia.

La opinión de los españoles está dividida en este tema. Según una reciente encuesta de Gallup (2002), tan sólo un 10% de los españoles se considera aficionado al espectáculo taurino, un 21% declara sentir algún interés, y casi un 70% manifiesta no tener ningún interés en el asunto. Pero en esta cuestión, como en tantas otras, el español dominante, ése que sin ser necesariamente mayoría estadística se ha autoerigido en representante y definidor de nuestra cultura y aspiraciones, es el que impone su criterio. Ello explica que todavía hoy nos veamos forzados a ver a los lados de nuestras autopistas las gigantescas siluetas de los toros que acompañaban a aquel anuncio machista del brandy que es «cosa de hombres». Ese toro, que no es más que el símbolo del mundo de la tauromaquia, se nos impone como representación de lo que somos los españoles. Y, al igual que ocurre con las corridas televisadas, a quienes detestamos todo lo que eso representa no nos queda más remedio que tragar.

Pero, como es bien sabido, la tortura de animales no se limita a las corridas de toros. Más espeluznante aún es la saña y salvajería a que se da rienda suelta en ciertos festejos populares. Entre ellos destaca el Toro de la Vega, en la localidad vallisoletana de Tordesillas, y cuya celebración anual se encuentra próxima. En dicho festejo, un pobre toro es apaleado por las turbas, alanceado y picado hasta quedar convertido en una masa sanguinolenta. Tal ritual fue filmado en 2002 por un grupo de conocidos periodistas británicos y alemanes. Desde entonces, la filmación viene siendo expuesta en importantes foros europeos para desprestigio y vergüenza de nuestro país.

Pero el Toro de la Vega no es un caso único. Son muchos los festejos similares que existen, como el infame Toro de Coria, o el Toro de Fuego, la Vaquilla del Aguardiente, y el Toro Ensogado, por no mencionar aquellos en que los objetos de las salvajadas son cabras, pavos y otros animales. A todo ello hay que añadir las gamberradas que semejante clima de festejos propicia: desde aserrar las patas a un grupo de perros, como ocurrió en Cataluña hace un par de años, hasta introducir un cohete encendido por el ano de una cabra para hacérselo estallar dentro, como ocurrió en Navaconcejo (Cáceres). En España hay, efectivamente, muchos animales, seguramente muchos más de los que creemos. Y algunos de ellos deberían estar entre rejas.

Para algunos, el maltrato a los animales se justifica de un modo muy simple: puesto que diariamente matamos a muchísimos animales para comérselos, ¿qué diferencia supone lo que hagamos con cualquier otro animal? Por esa misma regla de tres, también podríamos decir que puesto que hacemos determinadas cosas con algunas personas, qué diferencia supone lo que hagamos con todas las demás. La diferencia es, claro está, que para privar a una persona de libertad, por ejemplo, o para sacrificar a un animal destinado a la industria alimenticia, hay razones que nos hacen suponer que tales

privaciones de libertad y de vida son necesarias para nuestro sostenimiento y bienestar. Muchos podemos no estar de acuerdo en que el continuo y masivo sacrificio de animales sea necesario para la alimentación humana, pero cuando menos el argumento, por debatible que sea, alude a una razonable necesidad. No así en el caso de las diversiones y tradiciones populares.

La sensibilidad moral y estética de un pueblo van indisociablemente unidas. En España, lamentablemente, aún impera una mentalidad difusa, la que he denominado del español dominante, constructo abstracto éste que define una forma de sentir, pensar y actuar de la que, por el clima cultural en que nos hemos criado, casi todos nos descubrimos infectados en mayor o menor medida, aunque algunos -ésta es la diferencia- mucho más que otros. El español dominante es sucio física y moralmente; basta ver cómo están los campos y ríos de España, o simplemente entrar a un bar cualquiera para ver el suelo lleno de basuras y, dependiendo del momento y las circunstancias, escuchar de paso los soeces rebuznos de unos cuantos. En consecuencia, el español dominante oprime a los muchos que han dejado atrás a esa España sucia, cruel y chillona. Y mientras no impere otro tipo de español, mientras no sea otro tipo el que nos defina y represente, seguiremos estando a años luz de esa Europa de la que somos, en lo geográfico y político, parte orgánica. Entretanto, muchos de los pobres animales que viven en España seguirán sufriendo a manos de sádicos y psicópatas.

**Juan Antonio Herrero Brasas es profesor de Etica Social en la Universidad del Estado de California.**

© Mundinteractivos, S.A.